

ocupaba una parte con sus tropas, y le bastaba so-
plar sobre esta monarquía para hacerla desaparecer.
Según su método constante con los Estados que
quería perder, se ingería sin cesar en los negocios
interiores de ese reino, afectaba descubrir en ellos
cada día nuevas conspiraciones contra su ejército,
atribuir, por ejemplo, á la influencia de la reina el
envío de tropas rusas á Corfú; hacía ostentación de
sus quejas, y no se dejaba ora de censurar ora de
amenazar. Por otra parte, no podían faltarle pretextos,
pues, aún suponiendo que jamás hubiese estado
dispuesta la corte de Nápoles en favor de Francia,
era imposible que viese con buen ojo la presencia
de nuestras tropas en el corazón de esas provincias,
el impuesto forzoso que cobrábamos de su agotado
tesoro, y la situación cada vez más amenazadora
que tomaba Francia en Italia; pero sobrado impo-
tente para obrar, se servía del arma de los débiles,
la intriga, y asediaba con sus quejas á los gabinetes
europeos. En nada de esto había de qué sorpren-
derse, ó que fuera nuevo en su conducta; pero Na-
poleon que desde mucho tiempo antes tenía sus
ideas sobre el reino de Nápoles bien determinadas,
no se contentaba con tomar acta de todas esas im-
prudencias, complacía en provocarlas con la du-
reza de su lenguaje, significaba á la corte de Nápo-
les sus voluntades arrogándose el tono y los dere-
chos del amo más imperioso: «Que V. M. escuche
esta profecía, escribía á la reina de Nápoles, desde
el 2 de Enero de 1805; á la primera guerra de que
ella sea causa, ella y su posteridad habrán dejado
de reinar: sus hijos errantes mendigarán, en las di-
ferentes comarcas de Europa, socorros de sus pa-
rientes. Por una causa inexplicable habrá causado
la ruina de su familia, mientras que la Providencia
y mi moderación se la habían conservado.» Y ter-
minaba esta singular felicitación de año nuevo, dan-
do á conocer á la reina de Nápoles las condiciones
que le parecían propias para conjurar el efecto de
esta siniestra profecía, el despido del ministro Ac-
ton, la expulsión de Elliot, el embajador inglés, la
de los emigrados franceses, el llamamiento del em-
bajador napolitano en Petersburg, la disolución de
las milicias, y en fin, la adopción de un sistema de
confianza, es decir, de completa sujeción vis á vis
de Francia. Mediante esas condiciones la reina de
Nápoles podía salvar todavía su reino; esto, en efec-
to, equivalía á ponerlo en absoluto en manos de
Napoleon quien no hubiera tenido razón alguna
para tomarlo.

Hasta aquí, sin embargo, había estado retenido
por el temor de indisponer las potencias, y en cier-

to modo no había hecho más que preparar para una
época más ó menos lejana, los considerandos de una
completa anexión de los Estados italianos al impe-
rio francés; pero cuando se encontró en ese primer
teatro de su gloria, en medio de esos pueblos tan
dóciles como entusiastas, la embriaguez del poder y
de la ambición no tardaron en imponerse á las ins-
piraciones de la prudencia. No era hombre para ilu-
sionarse acerca de la solidez de los sentimientos de
que se le daban prueba, pero las atenciones, la ad-
miración y la inmensa curiosidad de que era objeto,
habían tenido siempre el dón de sobreexcitar en él
ese deseo de sorprender y de deslumbrar que le
devoraba.

Los buenos italianos no encontraron ya en él al
general modesto y reservado, de austero exterior y
de lenguaje sentencioso y lacónico, que habían co-
nocido á la cabeza del ejército republicano. ¡Cuánto
no habían cambiado los tiempos! El papel lo mismo
que el traje se habían dejado de lado, este disfraz
tomado de Plutarco se había colgado de un árbol,
y el hombre mostrándose ahora bajo su verdadero
aspecto, siempre imperioso, pero intemperante, in-
quieto, excesivo, hablando con una volubilidad ex-
trema en el gesto y la palabra, cortando con una
seguridad imperturbable las cuestiones que menos
conocía, dogmatizando en medicina, pintura y músi-
ca; desplegando, en fin, un fausto de mal gusto en
medio de algunos resabios de sencillez, resultaba
un personaje de teatro tendiendo sin cesar al efecto.

Viósele en la llanura de Marengo vistiendo el
uniforme y el sombrero que había llevado el día de
la batalla, dar á sus tropas una gran representación
de esta victoria famosa. Al efecto había hecho venir
de París esos oropeles para impresionar más viva-
mente el espíritu del soldado; pero esta exhibición
no produjo más que un efecto de sorpresa.

Luégo se concedió á sí mismo los honores del
triumfo desfilando por debajo de un arco magnífico
construído á la puerta de Alejandría.

Las fiestas de la coronación en Milán sobrepuja-
ron en esplendor á todo lo que en su género habían
visto sus contemporáneos. Aprovechó la circuns-
tancia para cambiar las insignias de su orden de la
Legión de honor con las órdenes de los principales
soberanos de Europa, ceremonia que debía demos-
trar perentoriamente que el imperio marchaba de
consono con las más viejas monarquías.

En medio de esa gran manifestación de pujanza
y de complacientes ovaciones que le concedían los
italianos, Napoleon dió muy pronto al traste con el
compromiso que había contraído por dos veces dis-

tintas con diferentes cortes en el transcurso del mis-
mo año sobre no incorporar nueva provincia alguna
al imperio.

Apenas hacía dos meses que esta declaración ha-
bía resonado en el recinto del Senado; y se había
renovado explícitamente en sus cartas particulares
á los soberanos; cuando Europa iba á saber á la
vez la incorporación de la república de Génova, y
la erección de Lucca y Piombino en principado
para Bacciochi, el marido de su hermana Elisa. Esta
transformación la operó sin consultar á nadie, y no
se conoció hasta que estuvo consumada. Esas dos
repúblicas estaban enteramente sometidas á la in-
fluencia francesa, pero hasta aquel momento nada
era definitivo sobre su suerte; y cuanto más depen-
diente era su situación en el fondo, tanto más im-
política era tocar á ella y correr tan grandes ries-
gos por un simple cambio de palabras.

Grave era en efecto ese cambio de palabras, pues
quería decir que con Napoleon no podía haber ni
confianza, ni seguridad, ni fe jurada. Esforzóse en
colorear esa nueva invasión por su gran celo por los
principios del derecho marítimo hollado por Ingla-
terra, por su respeto «por las ideas liberales á las
cuales los ingleses se negaban á cooperar» como
dijo á la diputación y Senado del pueblo de Génova
el 4 de Junio de 1805; pero para legitimar su
acto, se hizo presentar con ostentación los tomos de
firmas ficticias ó reales con las que los genoveses
se decía que pedían la reunión de su patria á
Francia, pero nadie se dió por convencido por tan
groseras mentiras tantas veces renovadas, y el efec-
to producido fué irremediable.

Todo el mundo comprendía que preparaba para
el reino de Nápoles una sorpresa de todo punto se-
mejante á la que acababa de ser objeto Génova.
Habiéndole despachado la reina á Milán al príncipe
de Cardito en cualidad de enviado extraordinario,
no por quejarse del título de rey de Italia que había
tomado, como se ha dicho, sino para felicitarle por
su nueva dignidad, Napoleon le interpeló violenta-
mente en plena audiencia: «Decid á vuestra reina,
le dijo, que me son conocidas sus intrigas y que sus
hijos maldecirán su memoria, pues no les dejaré la
tierra necesaria para construir su tumba.» Y á esta
amenaza juntaba los dictados más injuriosos para
la reina; el príncipe de Cardito se desmayó, y los
presentes llenos de confusión, vieron en esas pala-
bras el destino de la casa real de Nápoles, pero los
sucesos le obligaron á diferir el efecto de esta ame-
naza.

La noticia de la reunión de Génova, de la trans-

formación de la república de Lucca en principado,
de la escena ofensiva hecha al enviado de la reina
de Nápoles, presagio cierto de la caída próxima de
una casa que tan de cerca estaba unida á la de
Austria, puso fin á la misión de Nowosiltzoff. Re-
cibió, pues, ese diplomático la orden de regresar á
Petersburgo, y desde este momento la guerra ya no
fué más que cuestión de tiempo.

Austria principió á armar con toda la actividad
que le permitía la necesidad del secreto y la vecin-
dad de un enemigo tan formidable; Rusia ratificó el
tratado que la unía con Inglaterra sin insistir más
en la evacuación de Malta, y ya no se trataba más
que de la discusión del plan de campaña.

De modo que las potencias europeas que, en el
momento de la ruptura de Francia con Inglaterra,
estaban unas bien dispuestas para Francia, ó bien
decididas las otras á conservar su neutralidad, ha-
bían sido llevadas paso á paso, y á sus riesgos, á
tomar parte en esa lucha por una serie de actos
que eran la obra de Bonaparte solo, y de los cua-
les, la previsión más elemental hubiera podido con-
jurar el peligro.

La ocupación de Hannover, la violación del terri-
torio de Baden, el asesinato del duque de Enghien,
la proclamación del imperio de Occidente, la viola-
ción del territorio de Hamburg, el secuestro del
ministro inglés, la proclamación del reino de Italia,
la incorporación de Génova y de Lucca, eran otras
tantas empresas amenazadoras que necesidad algu-
na motivaba, que no tenían otra razón de ser que el
tormento de una ambición sin descanso, y cuya
consecuencia no podía ser mas que una coalición.

Tan infalible parecía este resultado aún á los me-
nos previsores, que desde el mes de Mayo de 1805,
el tratado de 11 de Abril entre Rusia é Inglaterra
era casi universalmente conocido, habíala denuncia-
do el rumor público, lo que exasperaba á Napoleon,
pues el rumor público no debía contar más noticias
que las que á él le convenían que se difundieran, así
pudo agradecer á su naturaleza incorporal el no
haber sido llevado á los tribunales como faccioso.

Pero á su ministro de policía le escribía: «Señor
Fouché, haced imprimir en los diarios varias cartas
como si procedieran de Petersburg, afirmando que
los franceses son en dicha ciudad muy bien trata-
dos, que la corte y la ciudad sienten la necesidad de
aproximarse, y que en fin los ingleses son en ella
mal vistos, tanto que ha fracasado el plan de coali-
ción, de modo que suceda lo que quiera Rusia no se
mezclará en nada.»—26 de Mayo de 1805.

Sus mismos confidentes, sus mismos parientes

más próximos debían estar ó aparentar estar sorprendidos sobre este extremo tanto como el público, hasta el día que le conviniera dar á conocer la verdad, pues era necesario tener en él una fe ciega, y no admitía que se pudiera suponer que un suceso cualquiera pudiera ocurrir sin su permiso especial. «Señor cuñado y primo,—escribía el día 26 de Mayo á Murat,—lo que me escribís de la conclusión de un tratado de alianza entre Inglaterra y Rusia, no tiene sentido, esto es enteramente falso. Los rumores que los ingleses difunden para salir momentáneamente del paso son desautorizados.»

Al objeto de mejor acreditar esta opinión, prolongó de intento su permanencia en Italia con una ociosidad aparente, pero espionando con vigilancia los primeros armamentos de Austria. Al mismo tiempo, estaba más preocupado que nunca de su proyecto de desembarco en Inglaterra, que su calculado alejamiento hacía cada vez más inverosímil. Jactábase de imprimirle al último momento una rapidez tan aterradora que la coalición desconcertada se disolvería antes de haber podido concentrar sus ejércitos. Así se pasó el mes de Junio entero, absorbido exclusivamente en apariencia por la organización del nuevo reino, y por las fiestas espléndidas que le daban las ciudades de Italia para celebrar el advenimiento del héroe libertador. Pero llegado el mes

de Julio, juzgó que había llegado el momento de aproximarse á los sitios que había escogido para teatro del gran duelo que debían tener Francia é Inglaterra. Abandonó, pues, precipitadamente á Italia y en pocos días franqueó la distancia que separa Turín de Fontainebleau, dejando en Milán al príncipe Eugenio de Beauharnais que debía gobernar como virey.

El príncipe recibió, con el decreto que le delegaba esta autoridad, instrucciones que se pueden llamar características. En medio de recomendaciones sensatas y prudentes, dictadas por la experiencia de los negocios y el conocimiento de los hombres, se leían esas significativas palabras en las cuales Napoleón se revelaba por entero. «Mis súbditos de Italia son por naturaleza más disimulados que no lo son los ciudadanos de Francia. No tenéis mas que un medio de conservar su estima, y es no conceder vuestra confianza entera á nadie... Cuando hayáis hablado según vuestro corazón y sin necesidad, decís á vos mismo que habéis hecho una falta y no volveréis á caer más en ella. Mostrad por la nación que gobernáis una estima que os conviene manifestar tanto más cuanto descubrís mayores motivos para estimarla menos. Tiempo vendrá en que reconoceréis la poca diferencia que va de uno á otro pueblo.»



CAPITULO V

LA CAMPAÑA MARÍTIMA

Sale Villeneuve de Tolon en 30 de Marzo de 1805.—Únese en Cádiz Gravina.—Imprudencia de Villeneuve: paso del Estrecho: se pone en salvo el comodoro Orde.—Llega la escuadra combinada á la Martinica: 13 de Mayo.—Frústrase su unión con la escuadra de Missiessy.—Nelson emprende la marcha tras Villeneuve.—Sale de Gibraltar el 13 de Mayo.—Por qué Gauteaume no salió de Brest.—Lleva el almirante Magon nuevas instrucciones á Villeneuve.—Nuevo plan de campaña.—Llega Nelson á la Barbada.—Busca á Villeneuve.—Regresa éste á Europa.—Averigua su rumbo Nelson y sale tras de él: 13 de Junio.—Adelántase y llega á Gibraltar.—Da aviso al almirantazgo inglés de lo que ocurre.—Cómo se conoció el rumbo de Villeneuve.—Envía el almirantazgo inglés á su encuentro al almirante Calder.—Napoleón y el almirante Decres.—Cómo juzgaba Napoleón las operaciones de Nelson.—Únese la escuadra batava á la francesa del estrecho de Calais.—Combate de Grinez.—Cambio del plan de campaña, ideado por Napoleón.—Encuéntrese el 22 de Julio de 1805 Villeneuve y Calder.—Combate de Finisterre.—Relación de Godoy.—Falta de energía de Villeneuve.—Subordínalo todo al plan político-militar de Napoleón.—Cómo se ha juzgado á los dos almirantes.—Entra la escuadra francesa-española en Vigo.—Llega al Ferrol.—Nelson llega á Gibraltar el 1.º de Julio.—Dirigese á Brest.—Préstale á Cornwallis ocho navíos: 15 de Agosto.—Calder refuerza el día antes á Cornwallis con nueve navíos.—Envía Cornwallis una escuadra para bloquear el Ferrol.—Villeneuve y Gravina.—Cómo se marchaba á un desastre.—Hacen rumbo á Cádiz.—Por qué razón.—Abandónase al almirante Lallemand.—Relación de Godoy.—Deja Villeneuve que se le escape Collingwood.—Unese á éste Calder.—Nelson toma el mando superior: 29 de Setiembre.—Juicio que le merece á Gravina la conducta de Villeneuve.—Instrucciones de Godoy á Gravina.—Entérrese Napoleón de lo ocurrido.—Cómo juzgaba á Villeneuve y Gravina.—Decres aconseja una verdadera guerra marítima.—Nuevas instrucciones de Napoleón á Villeneuve.—Si era posible lo que se le mandaba.—Acuerda reemplazarle por el almirante Rosily.—Consejo de guerra de la escuadra franco-española.—Resuelve por unanimidad que no puede aceptar el combate.—Conoce Villeneuve su relevo.—Su desesperación.—Resuelve sacrificarlo todo á su reputación.—Fuerzas de Nelson y de Villeneuve.—Táctica inglesa.—Táctica de los aliados.—Marliani y su relación de la batalla de Trafalgar.—Ordena Villeneuve la salida.—Nuevo Consejo de guerra.—Opónense los jefes españoles.—Ceden por pundonor.—Abandona Villeneuve á Cádiz el 19 de Octubre.—Encuéntrese con la inglesa: 20 de Octubre.—Orden de batalla.—Villeneuve, Gravina y Magon.—Pasa Gravina de la retaguardia á la vanguardia.—La batalla.—Muerte de Nelson, Gravina, Churruca, Magon y otros generales.—Últimos momentos de Nelson.

DURANTE la permanencia de Napoleón en Italia las operaciones preliminares de la gigantesca campaña marítima se habían llevado á cabo con éxito incompleto, pero sobrado bueno para alentarle en sus esperanzas.

Villeneuve había salido de Tolón el 30 de Marzo con doce navíos y seis fragatas, escapando de Nel-

son que le esperaba entre la costa de Africa y la de Cerdeña; tocó en Cartagena primero y luego en Cádiz en donde se le unió el almirante Gravina, pero con buques infinitamente inferiores en número y cualidades, de lo que se le había dicho. De los diez y seis navíos de la marina española, no pudo llevarse más que seis, y aún tuvo que dejar en camino